

á la molicie. De sus labios no se escapaba frase alguna curiosa. En una palabra, todo su exterior era luminosa imagen de su espíritu, modelo de perfección.

»Inútil hablar de su moderación. Su fidelidad en el cumplimiento de sus deberes estaba por encima de todo elogio. No se le ocurría abandonar su morada, como no fuese para ir á la del Señor. Y aun así no iba sino acompañada por sus padres ó por sus parientes. En casa trabajaba y guardaba silencio. No aparecía en público, sino cuando á ello se creía obligada. Pero ella era para sí misma su mejor defensa respecto de su virtud. Su porte y su trato inspiraban tal respeto, que parecía no levantar los pies para caminar, sino para subir los peldaños de la virtud. Á todos observaba para aprender algo de cada cual. De tal manera cumplía sus deberes, que podían todos aprender de ella. Nunca estaba menos sola que cuando estaba más sola. He ahí el modelo de la virginidad.

»En su interior, guardaba misterioso abismo de ternura; pero exteriormente, desplegaba con brío y valor el estandarte de la fe á la vista de todos. Dábase activamente á toda ocupación que la obediencia le imponía. Virginal en su interior, acudía en socorro de quien la necesitase. Y aún allí en donde tenía que cumplir sus deberes de madre, encontraba siempre tiempo bastante para correr al templo». ⁽¹⁾

Soportaba valerosamente la pobreza, cumplía perfectamente su labor, y sufría el desprecio con un valor más que viril. En donde su Hijo era honrado, dejábale solo. Cuando el odio y la persecución estallaron contra Él, tuvo ella su parte, y, finalmente, cuando murió en la cruz, hallábase cerca de Él, compadeciéndose de sus sufrimientos, sin rendirse, no obstante, al peso de su dolor. En aquella hora suprema, allí estaba sola, con algunas personas fieles, á quienes su ejemplo había inspirado suficiente fuerza y entereza para acompañarla. Mas to-

(1) Ambros., *De Virginibus*, 2, 6, 15. Augustin., *Doctrina christ.*, IV, 21, 48.

das ellas eran igualmente almas virginales ó penitentes.

12. Importancia de la virginidad para los últimos tiempos.—¡Oh! cuánto mejor andaría el mundo, si quisiera desentenderse de ese miedo extraño que tiene á esa virtud maravillosa llamada pureza! Antes, hallábase poblado el mundo de vírgenes. Eran entonces días de vigor, de conquistas, de milagros. Las almas sentíanse como arrastradas á creer y á luchar para llegar á los fines más elevados. Eran los tiempos heroicos, los tiempos caballescrescos de la Iglesia.

Desgraciadamente, han llegado otros tiempos, tiempos de bajeza y de debilidad. La fe entonces no excitó sino el odio, la vida de la fe el horror, y la pureza el miedo.

Ese período comenzó cuando la Reforma introdujo la separación en la fe. Continuóse por la apostasía, y actualmente perpetúase por medio de la rebelión contra la fe. Casi todos los días de estos tristes tiempos de molicie y de flojedad general han sido testigos de deserciones, de derrotas y de pérdidas. Parecería que caminásemos á una nueva lucha decisiva, tal vez la última.

Si así fuese, los cristianos necesitan de nuevo fuerza, y fuerza mayor que nunca. Entonces habrá llegado el tiempo en que la virginidad debe cumplir igual misión que la cumplida en tiempos difíciles. Á los mártires y á la virginidad debe la Iglesia la victoria merced á la cual este mundo existe. La virginidad fué semilla de mártires; la sangre de los mártires fué semilla de cristianos. ⁽¹⁾ De los mártires y de la virginidad dependerá nuevamente el que la Iglesia obtenga la victoria final, en la hora del gran combate, cuyo premio será una eternidad dichosa ó desgraciada.

Sin vírgenes no se dan mártires; sin mártires no se da triunfo de la verdad y de la virtud.

(1) Tertullian., *Apologet.*, 50.